

## **Semiótica de la memoria: estesis, enacción, afectividad, materialidad del sentido**

### **Semeiotics of Memory: Stesis, Enaction, Affectivity, Materiality of Meaning**

## **Semiótica da Memória: estesis, enacção, afectividade, materialidad do sentido**

Ana Luisa Coviello

Universidad Nacional de Tucumán (Argentina)

[anacoviello@yahoo.es](mailto:anacoviello@yahoo.es)

*Fecha de recepción: 30 de julio de 2017*

*Fecha de recepción evaluador: 07 de agosto de 2017*

*Fecha de recepción corrección: 29 de agosto de 2017*

### **Resumen**

El presente trabajo propone una reflexión sobre tendencias teórico-metodológicas en Semiótica, que permita elaborar un marco adecuado para el abordaje de un corpus definido: los relatos de familiares de desaparecidos en la última dictadura cívico-ecclesiástica-militar en Argentina (1976-1983) a quienes se les han restituido los restos óseos encontrados en fosas comunes. Se trata de casos judicializados, a los que el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) les ha aplicado un método biomolecular de identificación. La hipótesis principal es que las percepciones, experiencias y afectividades desplegadas en tales discursos pueden analizarse desde un punto de vista integrador de la acción y la pasión, a partir de la *estesis*, como estudio de los efectos de presencia en el campo discursivo (concepto proveniente de la fenomenología), y a partir de la *enacción*, como acción en la que sujeto y mundo emergen conjuntamente (concepto que debemos a las ciencias cognitivas). Las conclusiones parciales y provisionales a las que arribamos permiten postular que la acción, la materialidad, el cuerpo, los afectos en Semiótica son articulaciones necesarias a las matrices significantes que les otorgan

sentido, y se erigen en elementos fundamentales de los procesos cognitivos. En relación con el corpus analizado, la integración teórico-metodológica propuesta al inicio del artículo permite, por un lado, reinsertar en la cadena de semiosis social discursos subjetivos y sociales que emergen de ese fenómeno social-político de lo que provisionalmente podemos llamar *aparecidos*. Y, por otro, contribuye a desarrollar una Semiótica que estudie ese fenómeno como parte de un campo relacionado con los estudios de Memoria.

**Palabras claves:** Semiótica; Estesis; Enacción; Materialidad del sentido; Memoria; Marta Dillon.

### Abstract

This paper proposes a reflection about theoretical and methodological trends that allows to elaborate a suitable framework for the approach of a defined corpus: the stories of relatives of *desaparecidos* in the last civic-ecclesiastical-military dictatorship in Argentina (1976-1983) to whom have been restored the bones found in mass graves. These are judicial cases to which the Argentine Team of Forensic Anthropology (EAAF) has applied a biomolecular method of identification. The main hypothesis is that the perceptions, experiences and affectivities displayed in such discourses can be analyzed from an integrative point of view of action and passion, from *stesis* as a study of the effects of presence in the discursive field (concept derived from phenomenology), and enaction, as an action in which subject and world emerge together (concept that we owe to the cognitive sciences). The partial and provisional conclusions to which we arrive allow us to postulate that action, materiality, the body, the affections in Semeiotics are necessary articulations to the meaningful matrices that give them meaning, and are fundamental elements of cognitive processes. In relation to the analyzed corpus, the theoretical-methodological integration proposed at the beginning of the article allows, on the one hand, to reinsert in the chain of social semiosis subjective and social discourses that emerge from that social-political phenomenon of what we can tentatively be called *aparecidos*. And, on the other hand, it contributes to the development of a Semiotics that studies this phenomenon as part of a field related to the studies of Memory.

**Key words:** Semiotics; Stesis; Enaction; Materiality of meaning; Memory; Marta Dillon.

### Resumo

O presente trabalho propõe uma reflexão sobre tendências teórico-metodológicas em Semiótica, que permita elaborar um marco adequado para a abordagem de um corpus definido: os relatos de familiares de desaparecidos na última ditadura cívico-militar em Argentina (1976-1983) a quem têm-se-lhes restituído os restos ósseos encontrados em fosas comuns. Trata-se de casos judicializados, aos que a Equipa Argentina de Antropologia Forense (EAAF) lhes aplicou um método biomolecular de identificação. A

hipótesis principal é que as percepções, experiências e afectividades despregadas em tais discursos podem analizar desde um ponto de vista integrador da acção e a paixão, a partir da estesis, como estudo dos efeitos de presença no campo discursivo (conceito proveniente da fenomenología), e a enacção, como acção na que sujeito e mundo emergem conjuntamente (conceito que debemos às ciencias cognitivas). As conclusões parciais e provisórias às que arribamos permitem postular que a acção, a materialidad, o corpo, os afectos em Semiótica são articulações necessárias às matrizes significantes que lhes outorgam sentido, e se erigen em elementos fundamentais dos procesos cognitivos. Em relação com o corpus analisado, a integração teórico-metodológica proposta ao início do artigo permite, por um lado, reinsertar na corrente de semiosis social que emergem desse fenómeno social-político do que provisionalmente podemos chamar *aparecidos*. E, por outro, contribui a desenvolver uma Semiótica que estude ese fenómeno como parte de um campo relacionado com os estudos de memoria.

**Palavras-chave:** Semiótica; Estesis; Enacção; Materialidad do sentido; Memoria; Marta Dillon.

## Introducción

En las últimas décadas, la Semiótica ha intervenido en la consideración de áreas tradicionalmente relegadas, tales como los estudios sobre el cuerpo, los afectos, la acción y la materialidad en la construcción social del sentido, vacancia en la que convergen el último Eliseo Verón, la Semiótica tensiva originada en los estudios sobre la pasionalidad de Algirdas Julien Greimas y Jacques Fontanille y continuada por Claude Zilberberg, Eric Landowski y Paolo Fabbri, y la Semiótica pragmática peirceana, que año a año revela nuevas lecturas de la monumental obra de Charles Sanders Peirce. Entre los puntos de encuentro de estas líneas de pensamiento están, entre otros, la impertinencia de separar al sujeto del mundo sensible, la irrelevancia de la dicotomía interior vs. exterior cuando de semiosis hablamos, y, por extensión, del mundo del pensamiento vs. mundo de la acción o de la materialidad, y la imposibilidad de dividir el universo de la afectividad, de la pasión, por un lado, y del cuerpo, por otro, cuando la hipótesis es que no hay pasión sin cuerpo (Fabbri, 2004, p. 67).

En la primera de esas convergencias señaladas, esto es, en la impertinencia de separar al sujeto del mundo sensible, se incluiría la presencia de *estesis* en el campo discursivo, que proporcionaría, en palabras de Desiderio Blanco, “el anclaje metodológico al acercamiento fenomenológico” (2006, p. 63) y la *enacción*, concepto proveniente de las ciencias cognitivas, que permiten vislumbrar modos de comprensión de los procesos interpretativos en los que el sujeto emerge conjuntamente con las cosas; en la segunda, es decir, en la irrelevancia de dividir la semiosis en externa e interna, partiríamos de la convicción veroniana de que pensamiento/discurso y acción no son

parangonables a “pensar/decir” (lo interno/ lo interno que se exterioriza) y “hacer” (lo externo), puesto que la acción es impensable sin la dimensión significativa que la sustenta (2003, pp. 19-20); en la tercera, la imposibilidad de dividir pasión y cuerpo, cuerpo y lenguaje son operadores de presencia, y en ese sentido se intentaría analizar la pasión no solo como efecto de la acción, como lo proponía Fabbri (2004, p. 61), sino, además, como acción encarnada.

## Recuperación de la materialidad del sentido

Entre las múltiples divergencias que podemos encontrar en las teorías del signo de los llamados padres de la Semiótica actual, Ferdinand de Saussure y Charles Sanders Peirce, se encuentra una notable, por cuanto su consecuencia es de vital relevancia para los intereses que hoy están en el centro de los estudios semióticos: la superación del sesgo conceptualista que propuso la teoría triádica, en contraposición a la diádica. Este singular movimiento teórico por parte de Saussure fue explicado hace ya varias décadas por Verón de la siguiente manera: “A partir del pasaje del sonido, fenómeno material, a la imagen acústica del sonido, fenómeno psíquico, la lingüística pudo desarrollarse en la ignorancia de los problemas planteados por lo que hoy en día podemos llamar la *materialidad del sentido*.” (1998, p. 99)

Dicho de otro modo: en la Semiótica pragmática peirceana encontramos ya el modelo de integración de la materialidad del cuerpo y del mundo que hoy pone la disciplina en el centro de sus intereses, aunque esa materialidad ingrese a la teoría no a partir de un sujeto que tiene existencia empírica sino a partir de un sujeto que es una instancia sgnica en el flujo constante de la interpretación. Precisamente es la concepción triádica la que permite tal integración, saliéndose de la lógica cartesiana de la división cuerpo vs. mente: mientras que el representamen es algo materialmente presente a la percepción del destinatario, el objeto que representa, esto es, lo ausente, señala indicialmente otro objeto, que puede tener existencia empírica y al que Peirce llama objeto dinámico, que no es otra cosa que el mundo referencial de los signos. El esquema triádico se completa con el efecto de la relación entre lo representado y lo que se representa, el interpretante del que acabamos de hablar.

En la teoría de Verón, el objeto dinámico, que en la teoría peirceana se define permanentemente como aquello que tiene independencia de nuestras representaciones, esto es, una existencia empírica, es reformulado como un universo de relaciones interdiscursivas que construyen, en el flujo en constante movimiento y transformación de la semiosis, un objeto ya abordado por otros discursos desde otros fundamentos. Accedemos a ese flujo a través de fragmentos de la semiosis, o, como Verón prefiere llamarlos, a través de *productos*, que son el punto de inicio de cualquier análisis del sentido, su materialidad o su cristalización. Mediante esos estados, “apuntamos a procesos.” (1998, p. 124)

La recuperación de la materialidad del sentido, dejada de lado por la Semiología psicologista saussureana, se realiza en la teoría de Verón desde las terceridades de otras teorías, la de Peirce y la de Frege. No es el sujeto con cuerpo quien aquí interesa, puesto que Verón está comprometido con la elaboración de una teoría de tipo social en la que el sujeto individual resulta, más bien, un obstáculo epistemológico (2013, pp. 74-75; p. 119; p. 140), pero sí la materialidad de esos “pequeños pedazos del tejido de la semiosis” (1998, p. 124), instancia que define el punto de partida de cualquier análisis y que tiene plena incidencia en la construcción del sentido.

La materialidad del sentido se erige, así, en otra variable de la interpretación, que recupera su lugar en el flujo de la semiosis como el umbral a través del cual el analista accede al proceso. Esta instancia es, como se puede ver, la de lo sensible: cualquier operación de sentido se cristaliza en configuraciones que asumen un *cuerpo* determinado, ya sea un lienzo en el que se han impreso óleos, colores, formas; ya sean unas ondas sonoras con determinados tonos, timbres y colores musicales; o un sintagma de gestos con que se expresa un sordomudo; o unos movimientos del cuerpo con los que un bailarín representa en escena un fragmento de vida o de obra; o un vegetal cuyos ácidos urticantes sancionan el escozor y la inflamación de la piel. Y un largo etcétera. La Semiótica tensiva diría que es a partir de lo sensible que la significación *emerge*.

### **Estesis, enacción, operadores de presencia**

La reflexión sobre la impertinencia de separar al sujeto del mundo sensible surge, en la Semiótica tensiva, de la confluencia entre préstamos interdisciplinarios: de la fenomenología se toma la idea de *estesis*, y de las ciencias cognitivas, la noción de *enacción* (Blanco, 2006, pp. 63-68). La primera de ellas, la estesis, se trae a colación a partir del análisis del discurso en acto, en el que la presencia efectiva de un sujeto con cuerpo convierte esa presencia en un foco de análisis ineludible.

Toda estesis requiere una entidad que “sienta”, y esa entidad que siente es el “cuerpo propio”, categoría semiótica que J. Fontanille define como “la forma significante de una experiencia sensible de la presencia” (J. Fontanille). La categoría de la presencia es tomada igualmente de la fenomenología. La presencia es la propiedad mínima de la instancia de discurso, y la entidad mínima de la instancia de discurso es de nuevo el “cuerpo propio” (otra noción fenomenológica). El “cuerpo propio” como instancia de discurso toma posición en un campo que, ante todo, y aun antes de ser un campo en el que se ejerce la capacidad de enunciar, es un campo de presencia sensible y perceptible. (Blanco, 2006, p. 63-64)

Lamentablemente, la teoría tensiva se queda ahí, al aclarar que no se trata de la presencia física sino de los “efectos de presencia” que el discurso promueve mediante el fenómeno de la deixis, que permitiría reconocer en entidades de lenguaje las coordenadas enunciativas. No obstante, destacamos esa recuperación del lenguaje como operador de una presencia que, aunque representada lingüísticamente mediante pronombres

personales, posesivos o demostrativos, o por adverbios o frases adverbiales de lugar y de tiempo, resulta, de alguna manera, “palpable” en el discurso.

En cuanto a la noción de *enacción*, provendría del término *to enact*, neologismo anglosajón que significaría “hacer emerger, suscitar”. Varela, Thompson y Rosch la definen como “acción corporizada” (1997, p. 202-203): “acción según la cual ‘el mundo para sí’ y el ‘sí’ emergen conjuntamente” (Blanco, p. 83). Blanco explica:

El principio de la “enacción” se basa en la solidaridad entre la sensación, la percepción, la experiencia y la acción, solidaridad de la que pueden emerger “esquemas cognitivos”. Ese principio no es sólo una hipótesis teórica: es también un principio de método que exige no disociar jamás el sujeto y el mundo. (2008, p. 68)

Esta disociación entre sujeto y mundo ha llevado a lo largo de la historia del pensamiento al planteamiento de dicotomías tales como subjetividad vs. objetividad, pensamiento vs. acción, psicologismo vs. empirismo, interior vs. exterior, espíritu vs. cuerpo, reflexión que alcanza su apogeo con el cartesianismo al que tanto refutó Peirce en sus escritos, en especial en su *Cognition Series* (2012, p. 55-99).

La Semiótica tensiva, en este sentido, entra en sintonía con la Semiótica peirceana, triádica y procesual, pero desde otra tradición. También los estudios de herencia saussureana, tras casi un siglo de trasiego crítico, finalmente desembocan en la reflexión sobre la necesidad de recuperar esa unión perdida en el punto mismo de inicio de la disciplina como tal, la unión entre cognición, afectividad y corporalidad. Es J. A. Greimas quien da el puntapié, a través de su teoría de la narratividad y las pasiones, y son J. Fontanille, Claude Zilberberg, Eric Landowski y Paolo Fabbri quienes continúan en esa línea. Explicando concretamente la voluntad de integración de estos ámbitos por parte de la tensividad de Zilberberg, Blanco sostiene que

el punto de vista semiótico desprende, pues, de la “enacción” un cambio radical de pertinencia entre la “información sensorial” y la “significación del mundo sensible”, cuyo criterio diferenciador es la formación de “sistemas de valores”. Y esa misma distinción fundamenta el funcionamiento de la “estructura tensiva”, la cual permite convertir informaciones de tipo sensible y gradual en un sistema de posiciones diferenciales y significantes, en un sistema de valores. (2006, p. 68-69)

El valor nos habla ya, pues, de la tradición de la que los estudios iniciados por Greimas parten, la saussureana, que con el paso del tiempo toma distancia del psicologismo y se inscribe en esta gran ola de tendencias teórico-metodológicas.

Así, pues, la impertinencia de separar al sujeto del mundo sensible es compartida por la Semiótica peirceana, por la Semiótica tensiva y, de alguna manera, por la semiosis social de Verón, aclarando siempre que el sujeto no es variable de análisis para la teoría de la discursividad, centrada en lo social: el punto de contacto sería la cuestión de la materialidad como punto de partida para el análisis entre las tres líneas, la peirceana, la



greimasiana y la veroniana. Dicho en otros términos: “...es necesario comprender la corporeidad como una cualidad sgnica que entra en relación con otras cualidades para construir relaciones que generan cadenas de interpretantes capaces de unir los signos como componentes de partida en la semiosis social.” (Cid Jurado, 2010, p. 152)

Esto nos lleva a la tercera de las convergencias señaladas al comienzo: la de la imposibilidad de dividir el universo pasional del corporal. La hipótesis de Fabbri sostiene que no hay pasión sin cuerpo (2004, p. 67), y, de hecho, recurre al componente estésico de la pasionalidad para introducir en el ámbito de estudios semióticos al sujeto con cuerpo. La pasión, definida siguiendo un planteamiento cartesiano como “el punto de vista sobre la acción por parte del que la recibe” (p. 61), es concebida como un efecto de la acción. Sin explicitar que acción y pasión son dos caras de una misma moneda, la idea de una vuelta a la dimensión afectiva en los estudios semióticos “obra en la dirección altamente fenomenológica de tomar en consideración el papel fundamental de la implicación del carácter físico del signo.” (p. 68) Lo físico del signo, así, estaría constituido por la materia, por la forma de la expresión, que, en el caso de una obra de arte, por ejemplo, sería el lienzo, los materiales que lo componen, las texturas, los colores, el relieve de la pincelada, o el mármol, yeso, piedra, etc., mientras que en el del hombre, su propio cuerpo, con sus variaciones de talle, altura, peso, color de tez, de ojos, y un largo etcétera.

El paso es decisivo para esta convergencia entre teorías. Sin embargo, lo determinante sería considerar la pasión como acción encarnada, esto es, integrar en un solo movimiento a la afectividad con el mundo de lo corpóreo, de lo que se hace carne, en un todo de materialidad y sentido.

Volvamos ahora sobre la segunda convergencia de la que hablamos al inicio del artículo: el hacer y el decir. Decían Silvia Sigal y Verón en su análisis sobre el discurso peronista que no se puede “interpretar la acción política fuera de toda hipótesis sobre la matriz signficante que la engendra.” (2003, p. 20) Estudiar los discursos sociales en su instancia de producción es, pues, indispensable, en la medida en que el sentido producido va de la mano de los comportamientos, y es esa unión la que permite justificar los métodos de la interpretación. Hablando de la violencia política en Argentina de comienzos de 1970, Sigal y Verón aclaraban que

la violencia que estalla en el campo político se nos aparece no como retorno súbito de lo irracional reprimido ni como ruptura patológica, sino como un elemento que, en determinadas circunstancias, resulta de los mecanismos significantes que determinan la naturaleza del conflicto y las posiciones ocupadas por los protagonistas. La violencia no se opone a la palabra como el “hacer” al “decir;” ella no empieza, como la música, “donde mueren las palabras.” La violencia, como los discursos, está articulada a la matriz signficante que le da sentido y, en definitiva, la engendra como comportamiento enraizado en el orden simbólico y productor de imaginario. (p. 16)

Separar al sujeto del mundo sensible es una operación intelectual que ha perdido adecuación en el ámbito de una disciplina que tiende hoy a la integración de lo material, lo pasional y lo cognitivo. Lo material (el cuerpo, los fragmentos sensibles del *continuum* de la semiosis) es el punto de inicio del análisis del sentido, un sentido que circula y se transforma de un cuerpo sígnico a otro, en el fragor del proceso. Ese flujo constante en el que los sujetos construyen la realidad –y nunca al margen de la sociedad, sino en ella–, hace que la distinción entre fronteras internas y externas al sujeto se diluya, pierda pertinencia: la acción, la materialidad, el cuerpo son articulaciones necesarias con las matrices significantes que les dan sentido, parafraseando a Sigal y Verón, y la estesis, la pasión, la afectividad se encarnan en cuerpos, volúmenes, formas, colores, relieves, diseños infinitos de masas, magnitudes, dimensiones, y forman parte ellas mismas de los procesos cognitivos.

### **Principios de método**

Hemos realizado un sintético recorrido por las convergencias de estas teorías divergentes, y creemos estar en condiciones de enunciar principios de método que sirvan para abordar el análisis de los distintos y heterogéneos corpus de estudio de la realidad. Tal principio deberá:

- Integrar cuerpo y mundo al análisis.
- Considerar acción y significación como partes de un mismo universo.
- Articular la pasión, en tanto acción encarnada, a las matrices de significación que le dan sentido.
- Incluir estesis y enacción como una solidaridad entre sensación, percepción, experiencia y acción.

Estos principios de método convocan, de una manera u otra, la atención a la materialidad de la semiosis: al sujeto con cuerpo, al discurso como producto, al mundo sensible, a la acción encarnada, que colaboran solidariamente en la articulación de universos de sentido que, si bien son inestables, en continuo movimiento, descentrados, con fisuras, no obstante permiten su integración a las matrices significantes que les dan sentido.



## Semiótica de la Memoria y relatos sobre la *aparecida*

Estamos en condiciones, pues, de analizar un corpus seleccionado para su estudio desde estas convergencias teórico-metodológicas de la Semiótica, y proponer la delimitación de un campo de estudios que podríamos llamar “Semiótica de la Memoria”. El corpus, de momento y con la intención de que se amplíe, estará constituido por el relato autobiográfico de Marta Dillon sobre su experiencia en la restitución que el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) le hace de los fragmentos óseos de su madre, detenida-desaparecida durante la última dictadura cívico-religiosa-militar argentina (1976-1983), encontrados en una fosa común.

Llamaremos Semiótica de la Memoria al estudio de los procesos de significación en el ámbito de las memorias de la política, en donde deberíamos ubicar los relatos pertenecientes al recuerdo subjetivo y social de hechos del pasado (en clara relación con sus presentes enunciativos), y de las políticas de la memoria, relativo a las construcciones sociales generales y los marcos de acción consecuentes con esas configuraciones sobre el pasado y el presente. Dicho en términos de Nora Rabotnikof:

Por memorias de la política nos referimos a las formas y las narraciones a través de las cuales los que fueron contemporáneos de un periodo construyen el recuerdo de ese pasado político, narran sus experiencias y articulan, de manera polémica, pasado, presente y futuro. Y también a las imágenes de la política que aquellos que no fueron contemporáneos construyen de ese pasado a partir de testimonios, recuerdos, documentos. O sea, las memorias de otras memorias. Por políticas de la memoria, en cambio, aludimos a las formas de gestionar o de lidiar con ese pasado, a través de medidas retroactivas, juicios histórico-políticos, instauración de conmemoraciones, fechas y lugares, apropiaciones simbólicas de distinto tipo. (2008, p. 260-261)

Por su parte, consideraremos el relato autobiográfico como un discurso confesional que se enmarca en las narrativas del yo, en las que el yo que narra establece un pacto de lectura con el lector por el cual garantiza que el sujeto de la enunciación es también el sujeto del enunciado, se identifica con el autor del discurso y es responsable de lo que allí se dice. Este tema tiene una amplitud que ha llevado a numerosos debates, inconclusos, que escapan a los objetivos de este artículo (Philippe Lejeune, Paul Ricoeur, Paul De Man, Nora Catelli, Leonor Arfuch, son algunos de los conspicuos nombres, europeos y latinoamericanos, que han intervenido en la reflexión no acabada sobre lo autobiográfico). Sin embargo, las coordenadas en las que ubicaremos el relato autobiográfico recupera las consideraciones que el debate ha otorgado a las narrativas testimoniales que, como las de los supervivientes del Holocausto o de experiencias sociales y subjetivas límite, suspenden la incredulidad y la vigilancia epistemológica frente al respeto y legitimidad a los que convocan los testimonios de testigos y de supervivientes (Sánchez Zapatero, 2010).

En ese texto autobiográfico que mencionábamos antes, la autora cuenta sobre la identificación de partes del cuerpo de su madre, a la que llama la “aparecida” (y que da título a su texto: *Aparecida*, 2015). Hablando del encuentro con sus hermanos tras el aviso de la noticia por parte del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), Dillon dice:

Santiago vive en Pinamar, Andrés en Chile, Juan en Mendoza, yo en Buenos Aires. Casi nunca funciona, pero cuando conseguimos encontrarnos es como escalar una cuesta de euforia exudando adrenalina, dispuestos al placer, entregados al afecto; limpios *boy scouts* que llegan cantando al inicio de una expedición llena de sol y con la promesa de una medalla más para acomodar en el pecho. Llegamos rápido a la cumbre y entonces aparece ella, entre los adultos canosos y ajados que somos aparece ella, las versiones encontradas, los relatos repetidos y detrás, bailando detrás como un espectro, la inconmensurable nostalgia de su cuerpo abrazando los nuestros.

Esa nostalgia no se ahoga en alcohol, aunque lo intentamos. Se sana apenas en abrazos y yo soy la que más me aprovecho. Los abrazo, me recuesto sobre ellos, los tomo de la mano, del brazo, los toco; me niego a dejarlos boyar como fragmentos sueltos de la nave que fuimos en un mar de hielo que la aparecida empezó a derretir con fuerza. (2015, p. 82)

La narradora, identificada con la autora en este caso de relato autobiográfico, cuenta, desde su posición de sujeto que encarna su propia experiencia, de qué manera los pocos huesos encontrados de su madre (la materialidad, lo corpóreo) hacen emerger en el encuentro físico entre hermanos el sentido subjetivo que, sin embargo, tiene amplitud social, en la medida en que esa aparición es institucionalizada por un organismo asociado en alguna medida al Estado, el EAAF, y esa acción encarnada en el abrazo, en el recostarse sobre los cuerpos fraternos, es indisociable del placer, del afecto.

Cuerpo y lenguaje son operadores de presencia: el cuerpo mutilado de la madre, de la “aparecida” *enacts*, hace emerger, cual puente fenomenológico, esos otros fragmentos de ADN contrastables con la muestra 210718 del banco de datos del EAAF. Son los huesos, índices de la aparición, los que reúnen materialmente a los hermanos, dispersos por la Argentina, y ese encuentro físico encarnado en el abrazo del cuerpo del otro no puede separarse de la pasión, acción encarnada. La pasión no es un efecto de la acción, sino acción misma, indisociable también del sentido de esos huesos encontrados.

Dillon habla de la nostalgia del cuerpo todavía vivo de su madre abrazándolos, pasión orientada al pasado, un deseo anclado en la insatisfacción porque ya no podrá actuarse otra vez, pero que ella resuelve en ese abrazo fraterno entre hermanos, en su presente enunciativo. El pasado abriéndose paso en un presente pasionalizado por la *aparición* material y simbólica, que se relaciona con el afecto que esos huesos han suscitado en el encuentro, mediante una metáfora: “me niego a dejarlos boyar como fragmentos sueltos de la nave que fuimos en un mar de hielo que la aparecida empezó a derretir con fuerza.” Sujetos y mundo emergen conjuntamente y se unen en esa imagen

del hielo que empieza a derretirse cuando se comprueba que la desaparición de su madre fue consecuencia de su secuestro y posterior asesinato. Los huesos identificados, índices que ponen en contacto a la madre con su paso por la clandestinidad forzada por los militares, son la prueba material de un delito que, al emerger del entierro ilegal, opera en los hijos una pasión simbolizada en el hielo que se derrite.

Cuerpo, mundo y discurso se erigen, de esta manera, en operadores de presencia: los cuerpos de los sujetos en tanto ostentación y en tanto índices, y los discursos a través de las deixis del plano de la enunciación son fragmentos materiales de la semiosis en permanente flujo que funcionan como umbrales de acceso al estudio de los procesos en los cuales los fenómenos sociales y subjetivos producen sentido.

Cuando conceptualizamos nuestro corpus de estudio nos referimos a la categoría de *aparecidos* como una que entraría en asociación con la de *desaparecidos*, esto es, a las exhumaciones de restos humanos en el contexto de la búsqueda de *desaparecidos*. Esta última se trata de una categoría específicamente argentina para definir el estado de las víctimas de desaparición forzada, previo secuestro y privación ilegítima de la libertad, a cargo de la última dictadura cívico-eclesiástica-militar en Argentina (1976-1983). Por analogía, nos preguntaremos si podríamos llamar *aparecidos* a aquellas personas que han logrado ser encontradas, generalmente en fosas comunes y tras asesinato y tortura, e identificadas, mediante procedimientos biomoleculares, gracias al proceso, no iniciado en el año 2003 sino efecto de innumerables luchas previas por parte de organismos de Derechos Humanos y de partidos políticos de izquierda, y, en ese sentido, permitido, podríamos decir, cuando las Cámaras de Diputados y de Senadores de la Nación votaron, finalmente, a favor de la nulidad de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final.<sup>1</sup>

Nuestra indagación construirá este objeto de los *aparecidos* no solo como fragmentos materiales e indiciales de la semiosis que remiten a procesos que estudiaríamos desde esa Semiótica de la Memoria, sino también como operadores de presencia que hacen emerger toda una serie de acciones y pasiones, sociales y subjetivas, entramadas en un universo simbólico, en un sistema de valores, en una matriz de significación que constituyen una parte importante de la experiencia de la sociedad argentina en los últimos años, por cuanto significó saldar (aunque inicial y bastante parcialmente) una deuda social que venía siendo reclamada por los distintos grupos y asociaciones de Derechos Humanos y desoída por la clase política con poder.

La enacción y la estesis, esos principios de método solidarios con la sensación, la percepción, la experiencia y la acción, colaboran conceptualmente en la identificación de los múltiples y complejos elementos que intervienen en los sentidos producidos, vividos y leídos a partir de este fenómeno social y político. La idea es identificar los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social (Sigal & Verón, p. 15) para comprender la acción social y sus procesos pasionales, y acceder al discurso de la

experiencia de lo que antes ha hecho sentido en la vivencia de la experiencia, es decir, acceder a la reflexión sobre el sentido “de los efectos del sentido que surgen de lo que adviene al sujeto, sea desde afuera en forma de figuras estésicas que lo impresionan, lo conmueven, lo afectan, sea desde dentro de sí mismo en forma de impulsos que provienen de la dinámica del cuerpo propio (...).” (Landowski, 2012, p. 152)

Especial atención merece, en este punto, el asunto de la experiencia. Cuando hablamos de la enacción como de “la acción según la cual ‘el mundo para sí’ y ‘el sí’ emergen conjuntamente” (Blanco, 2006, p. 68) referimos a una intersección entre lo individual y lo social, entre el sí mismo y el otro, que debe evitar la identificación entre experiencia y experimentación verificable (Jay, 2009) y lograr la recuperación de un sentido de la experiencia más integrado.

La “experiencia”, cabría decir, se halla en el punto nodal de la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre los rasgos comunes expresables y el carácter inefable de la interioridad individual. Si bien es algo que es preciso atravesar o padecer antes que adquirir vicariamente, aún la experiencia en apariencia más “auténtica” o “genuina” suele estar ya modificada por modelos culturales previos (...). La experiencia también puede ser asequible a los demás mediante el relato *post facto*, un proceso de elaboración secundaria en el sentido freudiano que la convierte en una narrativa dotada de significación. Cuando esas reconstrucciones y relatos de la experiencia se comparten, suelen transformarse en la materia de las identidades grupales (...) (p. 20)

La Semiótica de la Memoria puede transitar este camino, y para ello cuenta con el decir de la experiencia de la recuperación de restos óseos que familiares de desaparecidos elaboran después de que les han sido restituidos. Constituye un decir que poco a poco va saliendo a la luz.

En este punto, cabría hacer la distinción entre la narración que ha implicado un cierto trabajo racional de ordenamiento, y el decir de familiares que son entrevistados por el investigador y que despliegan oralmente una enunciación en acto, como la llamaría la Semiótica tensiva. No es igual la construcción meditada y ordenada de un acto de enunciación que ha sido pensado y que delimita conscientemente sus fronteras enunciativas, que la enunciación en acto de un sujeto que es entrevistado y acepta responder una serie de preguntas que desconoce previamente. En el segundo caso, lo fenomenológico de la percepción y del cuerpo propio que siente y se manifiesta de múltiples maneras en signos variados inciden en un discurso que se construye sobre la marcha y que ofrece al investigador toda una serie de datos que se prestan al análisis y que tienen que ver con lo sensorial, con lo afectivo, con lo pasional, con la materialidad de un cuerpo que experimenta en el momento mismo en que dice. Los esquemas cognitivos y las representaciones que emergen en esa enunciación en acto son distintos que los que podemos inferir del acto de enunciación previamente diseñado.

El relato de Dillon nos sirve como umbral de ingreso en ese mundo fenomenológico de la enunciación en acto. La suya constituye la primera narración de esta experiencia de “aparición” que se publica y se ofrece a la venta masiva. En uno de los fragmentos de ese texto, y a propósito del aviso por parte del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) de la noticia de la *aparición* de su madre cuando Dillon se encontraba en España con su esposa y su hijo, ella dice:

En cuanto me dijeron ‘hola’ pedí por Maco, ese antropólogo gigantón a quien siempre da gusto ver porque sabe calmar la ansiedad de quienes llegan con la esperanza loca de encontrar a los suyos y la mayor parte de las veces reciben nada. Él es quien puede convencernos de que cada anécdota sirve, de que para encontrar huesos hay que reconstruir la historia completa. (...)

-Hola, estoy en España, me dijeron que me estaban buscando.

-Ah... en España, perdoname, no sabía. Bueno, si querés, dame un teléfono que te llamo. O hablamos a la vuelta, ¿cuándo volvés?

-Estoy en la calle, Maco, ¿qué pasó?

-No, bueno, mirá, por qué no buscás un teléfono y hablamos tranquilos.

-No, no, no puedo. ¿Hay novedades?

-Sí.

El crédito había vuelto a acabarse. La cara se me arrugó como un papel viejo muchas veces estrujado, ninguna expresión atinaba a emerger de esa contracción de mi gesto, la que fuera tenía que abrirse paso entre un enjambre de tiempo y espacio, eventos y creencias, hilos de amor y dolor que habían cristalizado y eran como de piedra. Albertina cerró despacio la puerta del auto (...) ‘La encontraron’, le dije y la risa fluyó primero, apenas un segundo antes de la convulsión del llanto. Nos abrazamos. (...) Escuché, como si fuera algún modo de consuelo, que habíamos llegado: estábamos en la exacta esquina de la casa del músico que nos había convocado a Irún, justo frente a esa plaza negra y seca que tenía en el centro una estrella roja pintada en el piso. Ahí empecé a enterrar a mi madre y a sus sueños rojos. A la fugaz estrella de su vida y a la omnipresente estela de su ausencia.” (2015, p. 31-32)

También en este relato se puede analizar la enacción, el minuto en el que el sí y el mundo para sí emergen conjuntamente, que constituye ese momento en que el sujeto corrobora que el EAAF ha encontrado a su madre. Es ese minuto el fundacional de un encuentro con la identidad, en la medida en que la aparición de esos restos óseos permiten a Dillon cerrar un fragmento de biografía, de la suya y de la su madre. “Ahí empecé a enterrar a mi madre y a sus sueños rojos. A la fugaz estrella de su vida y a la omnipresente estela de su ausencia,” no es la simple enunciación del duelo, caracterizado como proceso (“empecé a enterrar...”) sino mundo y sujeto entrecruzando coordenadas de tiempo y de espacio: Argentina 1976, Irún-España 2012, Argentina década del 2010; conectando identidad y alteridad, pasado y presente, biografías en proceso e inconclusas. Índices de la que fue, esos fragmentos óseos establecen una conexión entre la Marta Taboada que

fue privada ilegítimamente de su libertad, asesinada y enterrada en fosa común con desconocimiento de sus familiares y de la sociedad, y la Marta Taboada que aparece en esa materialidad, desmembrada, fragmentada, pero reconocible al fin en las cadenas de desoxirribonucleicos unidas entre sí por puentes de hidrógeno, cuyas microscópicas células van enroscándose en una hélice particularísima de pura identidad biomolecular. El sujeto que la hija es conoce mundo a partir de esos signos, son índices de que su madre fue víctima de un terrorismo de Estado que en ese momento está todavía investigándose, y simultáneamente esa historia de vida que emerge con la materialidad de los huesos completa la propia biografía, suspendida en el momento en que los secuestradores se la llevan del hogar.

De este fragmento del corpus también nos interesa analizar la cuestión pasional: Maco Somigliana (del EAAF) es descrito por Dillon como alguien a quien “siempre da gusto ver porque calma la ansiedad de quienes llegan con la esperanza loca de encontrar a los suyos y la mayor parte de las veces reciben nada.” La ansiedad de los familiares que buscan, esa pasión del orden del saber, de la voluntad impostergable del conocimiento que debe efectuarse ya, porque de otro modo no hay sosiego, analizable en términos de una temporalidad que quiere ser presente pero se extiende hacia un futuro indefinido que ancla en la postergación permanente, se presenta en el relato como el producto de esa postergación continua “de quienes llegan con la esperanza loca de encontrar a los suyos y la mayor parte de las veces reciben nada.” A lo largo del relato de Dillon la pasionalidad implicada en las diversas secuencias narrativas hacen estallar la emocionalidad encarnada en ese sujeto que cuenta y a la vez vivió esos efectos de la desaparición y de la aparición del cuerpo de la madre, como podemos observar en el siguiente texto:

-¿Cuándo vamos a poder ver a mamá?

-En quince días, dame quince días y te digo.

Así empezaba y así se resolvía la única conversación posible sobre mi vieja con mi papá. Así fue mientras tuve diez y hasta que cumplí once. Siempre que formulo la pregunta estoy mirando al piso, el piso del auto, la vereda, el mosaico de un consultorio médico, mis mocasines del colegio destrozados. Después dejé de preguntar. A mí me costaba días y días de juntar coraje y todo para qué. Para que me abrieran un nuevo compás de espera imposible. Jamás conté los quince días. No los marqué en un almanaque, no miré la fecha. Creo que nunca le creí del todo, pero no podía preguntar más. ¿Qué iba a preguntar?, ¿dónde está? o ¿está entera? Viva o muerta no eran palabras que yo pudiera decir, no me entraban en la imaginación. O sí, por eso no tenían forma. Además, si estaba muerta, ¿por qué no estábamos todos llorando a los gritos en lugar de hacer como si no hubiera pasado nada? Lloramos el día del secuestro, es cierto. Después de que se los llevaron mi papá entró al cuarto donde estábamos los chicos, se apoyó en una pared y se puso a llorar. Los cuatro nos acordamos de eso. Algunos de mis hermanos sólo se acuerdan de eso; creo que sentimos su alma quebrarse como un palo, que nos dolieron las astillas que volaron hacia nosotros. Caminamos compungidos y abrazados hasta el tren. Y ya no volvimos a llorar juntos nunca más. Hasta que aparecieron los huesos. (Dillon, pp. 39-40)



La pasionalidad como acción encarnada en la ansiedad, en el llanto desesperado, en la duda que carcome son parte constitutiva de ese sujeto que vive y que luego cuenta, y cuya experiencia, en este caso narrada, es relevante para la reconstrucción no solo de las biografías implicadas sino también para el conocimiento que una sociedad debe tener de los procesos de su historia reciente. Acción y pasión concurren, pues, en la reconstrucción de procesos sociales traumáticos.

Volviendo al anterior texto citado: es el antropólogo quien calma esa inclinación intensa al desasosiego con un argumento que nos lleva a otro punto a destacar: cada anécdota sirve; para encontrar huesos hay que reconstruir la historia completa. Lo dice Dillon en el contexto de que “no hay identificación posible si no hay datos con los cuales comparar la información *post mortem* recabada en el examen de laboratorio.” (Somigliana & Olmo, 2002) Sin embargo, la historia completa es imposible en la mayoría de los casos. Punto que destaco porque de allí se desprende una reflexión que constituirá un eje de la indagación que llevaremos a cabo: si los restos óseos de los desaparecidos a causa del terrorismo de Estado son identificados genéticamente y restituidos a sus familiares, ¿podemos decir que se ha encontrado a esa víctima de la dictadura y que ello cambia su estatuto a lo que podríamos nombrar como *aparición*? ¿Tiene sentido hablar ahora de *aparecidos*? ¿Qué son, cómo llamar a esos huesos, a esos fragmentos materiales de una semiosis que escamotea información a causa de la clandestinidad de las operaciones de secuestro, detención ilegítima, tortura, asesinato? Marta Dillon lo pone en palabras de este modo:

–No quería saber lo que le había pasado, para qué revivir esa parte. Los huesos no me trajeron alivio.

Yo tampoco podría usar esa palabra. Me trajeron un montón de preguntas, un dolor de muerte reciente, la sensación de haber sido tocada por una varita mágica, elegida para officiar una ceremonia de adiós a quien no estaba y nunca se había ido, elegida para poner sobre la mesa algo de sustancia sobre la que derramar el dolor colectivo, el mío, el de mis hermanos, el de mis hermanas. Alivio, no. Alivio sirve para el analgésico que pone a dormir el dolor de muelas, un dolor agudo, insoportable, que se calla un rato y trae alivio. Pero yo ya había aprendido a convivir con la presencia constante de la ausencia sin nombre cuando mamá se convirtió en una aparecida. Estaba más cerca de la rebelión por lo que me pedían alrededor –que suelte, que haga el duelo, que ponga un punto– que del alivio. Más cerca de acumular preguntas como una obsesa que de tomar el hallazgo como una respuesta.” (p. 86-87)

Y aquí volvemos sobre algo que dijimos antes respecto del cierre de un tramo de la biografía cuando emerge ese fragmento de semiosis: el cuerpo *aparecido* de la madre, efectivamente, cierra un tramo, y no obstante, y paradójicamente, abre otro, desde el momento en que es poco lo que puede reconstruirse de esa vida desde el día del secuestro en octubre de 1976 hasta su asesinato, presumiblemente el 3 de febrero de 1977. Todo un segmento de vida negado al conocimiento durante meses de reclusión en un Centro Clandestino de Detención. “Más cerca de acumular preguntas como una obsesa que de



tomar el hallazgo como una respuesta” describe lo que la enacción, en tanto principio de solidaridad entre sensación, percepción, experiencia y acción, pone de manifiesto: que la *aparecida* cierra y abre procesos en el sujeto que vive y siente y conoce, que contesta y formula al mismo tiempo preguntas, que trae rebelión y no alivio.

## Conclusiones provisionales

Una Semiótica de la Memoria, si quiere ser indagación sobre el sentido vivido, tiene el deber de recoger el decir de la experiencia vivida en torno al trauma de la desaparición de familiares directos, y es lo que intentaremos hacer en una segunda etapa de este tramo del proyecto de investigación que llevamos a cabo, puesto que esas experiencias subjetivas se enlazan en una de las tramas sociales de una semiosis traumática que el año pasado cumplió cuarenta años y de la que restan conocer múltiples procesos.

La *estesis* (en tanto campo de estudio de lo sensorial) y la *enacción* (en tanto acción según la cual mundo y sujeto emergen conjuntamente), principios solidarios con la sensación, la percepción, la experiencia y la acción, ponen en primer plano de estudio al ‘cuerpo propio’ como forma significante de una experiencia sensible de la presencia, tanto en el mundo (en cuyo caso se constituye en operador material) como en el discurso que lo configura (en cuyo caso se constituye en operador déictico). Son principios de método que nuestra indagación pondrá a funcionar para poder dar cuenta de esos campos relegados de la disciplina que hoy intentamos recuperar, y que, creemos, constituirán un aporte no solo a la Semiótica de la Memoria y a la Semiótica en general sino también a las Ciencias de la Comunicación.

En los relatos del corpus analizado, en tanto actos de enunciación diseñados para una publicación, el discurso autobiográfico de Dillon establece un señalamiento hacia el referente discursivo que convencionalmente se acepta como real. Esto no significa que establezcamos lo que se ha llamado correspondencia entre discurso y realidad, no en un sentido unívoco y sin ambivalencias. No obstante, hay que situar estos relatos en las tramas autobiográficas de la Memoria, la Verdad y la Justicia, no en el sentido de que sean parte de una declaración judicial, que no lo son, donde el valor de verdad está determinado por un contexto legal, sino en el de la matriz de significación que da origen a estos relatos de la experiencia traumática de hechos delictivos y de lesa humanidad, como los perpetrados por el terrorismo de Estado en la Argentina de los setenta.

Una vez establecidas estas coordenadas, el discurso como producto reenvía a un sujeto apasionado en el que se encarnó la afectividad como efecto de lo sucedido y que transforma en relatos su propia biografía, la de su madre y la de la búsqueda de sus restos humanos, a los que ella misma llama la *aparecida* una vez que el EAAF se los ha restituido. Esos fragmentos, índices del secuestro y de la desaparición forzada por parte

del Estado, son operadores de presencia que permiten que los familiares enactúen y sigan construyendo sus identidades, en un proceso semiótico en que cuerpo y mundo se articulan en universos de sentido en los que lo físico, lo emocional y lo simbólico se imbrican.

Por último, este trabajo pone a debate el término de *aparecidos* para nombrar a aquellos índices que constituyen los restos óseos identificados por el método biomolecular del EAAF, restituidos a sus familiares mediante procedimiento judicial. Proponemos considerarlo como posible categoría, pero reflexionando sobre su pertinencia y abriendo el debate en el marco de una Semiótica de la Memoria que esperamos que fructifique en el ámbito de la Semiótica y de las Ciencias Sociales en general.

### Referencias bibliográficas

- Arfuch, L. (2010). El espacio autobiográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Blanco, D. (2006). Semiótica y Ciencias Humanas. Letras vol. 77, 111-112, 59-73.
- Catelli, N. (1991). El espacio autobiográfico. Barcelona: Lumen.
- Cid Jurado, A. T. (2010). Corporeidad: de la semiótica sónica a la semiótica textual. Revista de Signis 16: María Eugenia Olavarría (coord.), Cuerpo(s). Sexos, sentidos, semiosis. Buenos Aires: La Crujía, 151-162.
- Dillon, M. (2015). Aparecida. Buenos Aires: Sudamericana.
- Fabbri, P. (1998). El giro semiótico. Barcelona: Gedisa.
- Jay, M. (2009). Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal. Buenos Aires: Paidós.
- Lejeune, Ph. (1994). El pacto autobiográfico y otros estudios. Madrid: Megazul – Endimión.
- Peirce, Ch. S. (2012a). Obra filosófica reunida. Tomo I (1867-1893), Nathan Houser y Christian Kloesel (eds.), trad. de Darin McNabb; rev. de la trad. Sara Barrena y Fausto José Trejo. México: Fondo de Cultura Económica.
- Peirce, Ch. S. (2012b). Obra filosófica reunida. Tomo II (1893-1913), Nathan Houser y Christian Kloesel (eds.), trad. de Darin McNabb; rev. de la trad. Sara Barrena. México: Fondo de Cultura Económica.

- Quezada Machiavello, O. (2006). A propósito de la Semiótica y las Ciencias Humanas (comentario a exposición de Desiderio Blanco). *Letras* vol. 77, 111-112, 75-91.
- Rabotnikof, N. (2008). Memoria y política a treinta años del golpe. En: C. E. Lida, H. Crespo y P. Yankelevich, Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado (pp. 259-284). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica: El Colegio de México.
- Sánchez Zapatero, J. (2010). Autobiografía y pacto autobiográfico. *Ogigia* 7, 5-17.
- Saussure, F. (1945). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Losada.
- Sigal, S & Verón, E. (2003). Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista. Buenos Aires: Eudeba.
- Somigliana, M. & Olmo, D. (2002). Qué significa identificar. *Encrucijadas*, 15, 22-35. También disponible en Revista NAYA de Antropología y Arqueología. Recuperado de [http://www.equiponaya.com.ar/congreso2002/ponencias/dario\\_olmo.htm](http://www.equiponaya.com.ar/congreso2002/ponencias/dario_olmo.htm)
- Varela, F., Thompson, E. & Rosch, E. (1997). *De cuerpo presente*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, E. (2013). *La semiosis social II. Ideas, momentos, interpretantes*. Buenos Aires: Paidós Estudios de Comunicación.

## Notas

<sup>1</sup> Para quienes desconocen estos procesos desarrollados en Argentina, el regreso a la democracia tras la última dictadura cívico-eclesiástica-militar (1976-1983) planteó numerosos conflictos entre las fuerzas sociales y políticas democráticas y las militares todavía activas y no dispuestas a adecuarse al Estado de Derecho. Resultado de esas tensiones fueron las llamadas “Leyes de la impunidad”, sancionadas por las Cámaras de Diputados y Senadores durante la Presidencia de Raúl Alfonsín (1983-1989) y decretadas por Carlos Saúl Menem (1989-1995; y 1995-1999) unilateralmente y sin consenso, que significaron un duro golpe para los familiares de detenidos-desaparecidos en esa dictadura, y para los organismos de Derechos Humanos y partidos políticos, en especial de izquierda, comprometidos con las luchas por Memoria, Verdad y Justicia. Las Leyes de Punto Final (23492) y Obediencia Debida (23521) fueron sancionadas por las Cámaras legislativas y promulgadas entre diciembre de 1986 y junio de 1987 por el presidente constitucional Raúl Alfonsín. Los indultos de Menem constituyeron una serie de diez decretos sancionados entre octubre de 1989 y diciembre de 1990. En 2003, el Congreso de la Nación Argentina declaró nulas las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida, y algunos jueces decidieron la inconstitucionalidad de los decretos menemistas en relación con delitos de lesa humanidad.